

EL SOCIALISMO Y LA GUERRA

Charles Dumas
Khristian Rakovsky
(1915)

Charles Dumas
Antiguo diputado. Jefe de la Oficina de M. Jules Guesde

Khristian Rakovsky
Delegado del Partido Socialdemócrata de Rumania en el Buró Socialista Internacional

(Publicado en Bucarest por Cercul De Editura Socialista en 1915. Edición que hacen en homenaje a C. Dobrogeanu Gherea “por sus cuarenta años de actividad socialista”. Versión castellana desde:
https://www.marxists.org/francais/rakovsky/works/soc_guerre/index.htm)

Prefacio.....	2
LOS SOCIALISTAS FRANCESES Y LA GUERRA.....	2
Carta de Charles Dumas	2
Las consecuencias del triunfo alemán	3
Si triunfan los franceses.....	3
El deber de los socialistas rumanos.....	4
LOS SOCIALISTAS Y LA GUERRA (Discusión entre socialistas franceses y socialistas rumanos).....	5
Respuesta de Khristian Rakovsky	5
Diferencias de teoría y táctica	5
La entrada de los socialistas en el gobierno. Resolución de Kautsky. Resolución de Stuttgart	6
Los orígenes de la guerra. Las responsabilidades	8
El primer agresor y el sistema de alianzas.....	10
Socialistas alemanes y socialistas franceses.....	11
El culpable es el oportunismo socialista.....	13
PELIGROSAS ILUSIONES	15
La actual guerra nos traerá nuevas guerras.....	15
La cuestión de Alsacia Lorena.....	17
Simpatías y antipatías socialistas.....	18
El odio al zarismo	19
Nuestro “germanofilismo” y la hipocresía de los “francófilos”	20
El partido intervencionista en Rumania.....	21
Guerra y reacción.....	22
Dos socialismos	23

Prefacio

Damos a la publicidad estas dos cartas con el objetivo de aportar una contribución, por mínima que sea, para los grandes debates producidos hasta ahora en el seno del Partido Socialista Internacional. En el período crítico que atraviesa el socialismo no tenemos a despreciar el menor hecho ni a ignorar cualquier punto de vista que pueda ser útil para la clarificación de la cuestión.

LOS SOCIALISTAS FRANCESES Y LA GUERRA

Carta de Charles Dumas

París

Mi querido camarada y amigo,

Acabo de leer la entrevista que concedió usted a Homo en *l'Humanité*.

Esa entrevista me ha dado la satisfacción de ver que no es usted un el germanófilo que se pretende.

Se le ha presentado como completamente convertido a las ideas que predica por el mundo este otro Bülow de Guillermo II, que en otras ocasiones hemos llamado el ciudadano Sudekum pero que no tiene la excusa de haber sido el canciller del Imperio y del emperador.

No por ello deja de parecerme que entre su concepción y la nuestra existen diferencias esenciales y tanto más graves en cuenta usted basa su neutralidad en los principios socialista y nosotros, socialistas franceses, que tenemos la certeza de no haber perdido en esta tormenta ni la cabeza ni haber abdicado nada en nuestros principios, nosotros pretendemos justamente haber basado nuestra actitud sobre esos mismos principios y sobre el interés socialista.

Le concederé, si desea usted, el terreno en el que coloca las diversas responsabilidades de las diferentes nacionalidades. Usted y yo, tanto ayer como hoy, confío en ello, reconocemos unánimemente que el régimen capitalista, sea cual sea el marco nacional en el que evolucione, es generador de guerra. Le concederé incluso, si lo desea, que la Francia capitalista y burguesa carga con su pesada parte en las responsabilidades del conflicto que preparaban, inevitablemente, los armamentos acumulados. Le concedo mucho más voluntariamente esas cosas puesto que, en estas horas que atravesamos, no me parecen más que de un interés secundario. Evidentemente, tendrán uno después de la guerra, como lo tendrían en la hora actual si no existiese la guerra, pero la guerra es un hecho, es frente a ese hecho como conviene colocarse para examinar la actitud que deben adoptar los partidos socialistas.

La guerra la sufrimos a pesar de nosotros, y a pesar de nosotros sufriremos sus consecuencias y resultados. Me parece que en la actual hora no hay otro problema más que el de saber cuáles serán, para el ulterior desarrollo del socialismo, las consecuencias de la victoria de uno y otro de los agrupamientos beligerantes.

Las consecuencias del triunfo alemán

Si triunfan los imperios del centro, con ellos triunfará el militarismo y el imperialismo austroalemán; me parece que sería singularmente pueril esperar la muerte del militarismo y del imperialismo alemanes por su mismo triunfo, como lo hacen ciertos socialistas demócratas alemanes.

Los regímenes políticos encuentra en la victoria razones para vivir y la justificación de sus principios. Hasta ahora nunca se han suicidado, y los principios del imperialismo alemán, los conoce usted igual que nosotros; se han afirmado bastante netamente desde hace siete meses; sobre las bases de su militarismo, Alemania quiere imponer al mundo su dominación y cultura.

Esto es un primer punto. Hay otro al que no será usted insensible personalmente, mi querido amigo. No solamente la victoria de los imperios centrales dejará en el estado actual los problemas de las nacionalidades sino que también los agravará a causa de las conquistas que confía realizar.

No ignora usted las dificultades que los odios y querellas nacionales oponen al desarrollo del socialismo, (he estado a punto de escribir pensando en usted) y, algunas veces, a la libertad de los socialistas.

Por mi parte declaro que me niego a concebir una Europa sobre la que pesaría mañana la dominación de los triunfadores terratenientes de Prusia, pues la victoria alemana sería su victoria. Se desencadenaría tanta fuerza, tanta brutalidad y odio, que no es dudoso que quedase parado en Europa cualquier desarrollo de la democracia y la libertad durante al menos medio siglo.

Si triunfan los franceses...

¿Desea usted considerar conmigo las consecuencias de la victoria de los aliados?

Supongo vencida a Alemania. Como sabe, nosotros no perseguimos ningún objetivo de conquista, y sobre Alsacia-Lorena pensamos lo que pensaban los socialistas alemanes más gloriosos, Bebel y el viejo Liebknecht, cuando, por haber protestado contra la anexión tuvieron que soportar como alemanes numerosos meses de penal.

En cuanto a las nacionalidades oprimidas, las liberaremos; en cuanto al militarismo, lo derrocaremos; en cuanto al imperialismo y al derecho que se pueda obtener de la pretendida superioridad de su cultura para dominar a otros pueblos, es una idea que tacharemos del pensamiento europeo.

Entiendo bien que os cueste desviar la mirada de Rusia pero ¿no le parece que cuando los Habsburgo y los Hohenzollern, que constituyen la columna vertebral de la reacción en Europa, hayan sido vencidos y la victoria de los pueblos democráticos esté asegurada, no le parece que la reacción zarista se verá singularmente poco apoyada en Europa¹?

No soy de los que se afligen por ver a Rusia al lado de Francia e Inglaterra, tampoco me aflige ver a los monárquicos franceses combatir a favor de una victoria que convertirá a la República en inextirpable en Francia.

La vida cambia el contenido de las palabras: una guerra que tire por tierra a dos dinastías, que libere a las nacionalidades, que abata al militarismo, esa guerra no es ya una guerra, en el sentido en que la comprendíamos en otros tiempos. Hay que escoger entre los dos resultados; y la neutralidad, cuando son los mismos destinos de la

¹ Y, en cualquier caso, cuanto más real sea el peligro ruso, el medio de evitarlo para las naciones más será únicamente que éstas se alineen a nuestro lado a fin de contrabalancearlo el día que llegue la paz.

humanidad los que están en juego, solo puede pedirle a la historia el recuerdo de Poncio Pilatos.

El deber de los socialistas rumanos

No existe en Rumania la posibilidad de una intervención junto a los imperios centrales; no hay, pues, neutralidad neutra; la neutralidad sirve a alguien, a aquellos contra quienes aspira impedir que marchen.

Me excusará, mi querido amigo, por hablarle con esta claridad; esto no es únicamente a causa de nuestras tan cordiales relaciones en otros tiempos, sino porque estamos en una hora en la que todas las palabras, todos los gestos, todas las actitudes tienen un sentido y un alcance históricos.

He querido exponerle cómo se plantea el problema ante las conciencias de los socialistas; sabe usted cómo lo hemos resuelto. Tenemos conciencia de haber sido fieles a la vez a nuestras tradiciones revolucionarias y a nuestras esperanzas socialistas.

Con mis cordiales saludos,

Ch. Duma

Antiguo diputado, jefe de la oficina de J. Guesde

LOS SOCIALISTAS Y LA GUERRA (Discusión entre socialistas franceses y socialistas rumanos)

Respuesta de Khristian Rakovsky

Bucarest, mayo

Mi querido camarada y amigo

Circunstancias ajenas a mi voluntad han retrasado mi respuesta. Esta vez, de nuevo, al empezar mi carta la he tenido que interrumpir para prestar atención a su folleto sobre las condiciones de la futura paz, del que las agencias alemanas anuncian, al mismo tiempo que la aparición, la crítica que ha hecho el *Vorwärts*. Únicamente el miedo a nuevos acontecimientos que interrumpiesen definitivamente las comunicaciones, ya difíciles, entre Francia y Rumania, me ha decidido a escribirle sin esperar más.

Dejando para el final de mi respuesta las cuestiones de hecho, como la de nuestro pretendido germanofilismo, tenderé desde el principio a destripar la diferencia teórica que existe entre nosotros. Usted mismo lo reconoce cuando declara explícitamente que lo que nos separa actualmente no es la apreciación diferente de tal o tal otro acontecimiento, sino una concepción diferente de nuestra táctica socialista.

Diferencias de teoría y táctica

En mi entrevista publicada en *l'Humanité* del 17 de marzo, en la que afirmo que “las razones de orden socialista siguen siendo determinantes para la actitud de los socialistas de los países neutros”, habrá visto usted, y con razón, una reproche dirigido a los socialistas de los países beligerantes (por tanto también a ustedes los socialistas franceses) por no seguir los mismos principios que nosotros.

Captando esta crítica en toda su gravedad, en el mismo comienzo de su carta trata usted de rechazarla. Escribe: “No por ello deja de parecerme que entre su concepción y la nuestra existen diferencias esenciales y tanto más graves en cuenta usted basa su neutralidad en los principios socialista y nosotros, socialistas franceses, que tenemos la certeza de no haber perdido en esta tormenta ni la cabeza ni haber abdicado nada en nuestros principios, nosotros pretendemos justamente haber basado nuestra actitud sobre esos mismos principios y sobre el interés socialista.”

Señalo aquí mismo que veo aparecer con cierta inquietud ese nuevo término, de su pluma, en el lenguaje de nuestras discusiones: el interés *socialista*.

Hasta el presente, el interés socialista, al confundirse con la aplicación de los principios socialistas, no era necesario que se le hiciese los honores de una cita especial. Solo el día en que los socialistas de los países beligerantes se dieron cuenta que los principios por sí solos no constituyen una guía segura sino que son más bien una guía molesta, solo entonces pidieron socorro al interés *socialista*, diferente de los principios socialistas, e incluso *en contradicción* con esos *principios*.

Vamos a discutir más adelante los motivos que invoca usted para justificarse y de los que de antemano reconozco toda la gravedad; vamos a ver también si su táctica,

sacrificando los principios puede, al menos, vanagloriarse de ser provechosa para la clase obrera en Francia y para la causa del socialismo (vamos a discutir todo eso, pero de cerca). Tengo que establecer que emplea usted una táctica nueva en contradicción evidente con la que había seguido hasta ahora.

En lo que concierne a los socialistas alemanes (en su mayoría al menos), constata usted mismo ese hecho al dirigirles un justo reproche; no discutiré esta cuestión al estar de acuerdo con usted.

Pero también usted ha violado las reglas establecidas por nuestra Internacional Socialista en sus sucesivos congresos nacionales e internacionales.

¿No dice usted mismo en su carta que estaba con nosotros *ayer*, que estará con nosotros *mañana*, pero que hoy en día no está con nosotros? Ahora bien, nosotros es la Internacional Socialista, tal como se manifestaba en sus resoluciones. Nosotros, es decir los partidos socialistas de los países neutros, nos situamos hoy en día en el mismo terreno sobre el que nos situábamos ayer y en el que nos mantendremos mañana, incluso si nuestros países se ven arrastrados a la guerra.

Puedo admitir que al hacer lo que *l'Humanité* ha llamado la *tregua de las clases* y lo que los socialistas alemanes han llamado, entre ellos, la *paz civil*, tiene usted las mejores intenciones socialistas y que usted ha creído que defiende los *verdaderos intereses del socialismo*, pero no es menos cierto que hoy en día, como en la elección cuando el candidato socialista, al haber obtenidos menos votos, desaparece ante el candidato de la fracción burguesa más avanzada, el partido socialista francés ha desaparecido ante el imperialismo francés enfrentado con el imperialismo alemán.

He aquí el hecho incontestable.

La cuestión que se plantea es saber si esta táctica nueva es verdaderamente provechosa para las luchas del proletariado.

¿Se debe admitir como inevitable y útil este eclipse voluntario y completo del socialismo ante los nubarrones de la guerra?

¿Se debe considerar este grave acontecimiento que es la guerra como un incidente electoral durante el cual el socialismo debe mantenerse pasivo?

¡Cómo! En el mismo momento en el que la responsabilidad de las clases dominantes estalla en toda su siniestra grandeza; en el momento en que sus faltas y crímenes acumulados llevan al más monstruosa de los hechos, el más antisocialista y antiobrero, ¿tenemos que recoger nuestra bandera y renunciar a nuestra tarea de organizadores de la lucha de clases?

Sí, comprendo bien que en el cumplimiento de esta tarea tendremos que usar toda nuestra perspicacia para no servir al enemigo exterior del socialismo; comprendo que tendremos que tomar nuestras precauciones, hacer nuestras reservas, pero de ahí a abdicar nuestra voluntad socialista hay una enorme distancia.

Ahora bien, en la entrada de los dos camaradas socialistas en el gobierno Viviani vemos, precisamente, esa abdicación del partido socialista en Francia.

La entrada de los socialistas en el gobierno. Resolución de Kautsky. Resolución de Stuttgart

Se que usted puede valerse de la resolución del Congreso Internacional de París de 1900, resolución llamada de Kautsky, que autorizaba, bajo circunstancias excepcionales, la entrada de los socialistas en un gobierno burgués. Como lo explicó el mismo Kautsky más tarde, en Ámsterdam, bajo el término de “circunstancias excepcionales”, entendía justamente la “hipótesis de una guerra de invasión”.

Pero ¿verdaderamente quiere usted invocar esta resolución? *Entonces es necesario recordarle que la resolución de Kautsky fue votada contra la voluntad de la unidad socialista revolucionaria de Francia, de la que eran los inspiradores más escuchados los ciudadanos Guesde y Vaillant.*

Es preciso recordarle igualmente que la resolución de Kautsky era una concesión que se hacía al ministerialismo socialista que, en aquel momento, tenía un temido defensor en la persona de Jaurès, cuya autoridad personal, ya grande antes del asunto, había devenido inmensa tras él. Por su prestigio personal y por la elocuencia de su ardiente palabra, Jaurès desarmó a la Internacional pero sin convencerla. Quienes condenaban sus ideas sentían paralizarse sus lenguas cuando se trataba de criticarlo.

Nunca olvidaré una escena interesante que ocurrió en la Comisión de Resoluciones.

Al día siguiente del voto de la resolución de Kautsky, Jaurès se afanó en triunfar en la *Petite République* y ello a pesar de la consigna formal que prohibía a los socialistas franceses servirse de la resolución de Kautsky como un arma en sus luchas intestinas. Según el mismo texto de la resolución, ésta no podía ser interpretada como la justificación de cualquier táctica. Por ello, tras la aparición del artículo de Jaurès en la *Petit République*, algunos delegados, entre los cuales el mismo Kautsky, Plejanov, Rosa Luxemburg, Clara Zetkin, etc., pidieron la convocatoria en reunión extraordinaria de la Comisión de Resoluciones para poner las cosas en orden. Fue Plejanov quien tomando el primero la palabra pidió, en nombre de sus camaradas, que la Comisión votase una orden del día que expresase su rechazo al uso que Jaurès había hecho de esta resolución. Pero ante la sola declaración de éste (que él no pensaba estar ligado por consignas y que reivindicaba la libertad de interpretación) los iniciadores de la reunión renunciaron a su proyecto. Otra propuesta, tendente al voto de una orden del día que mencionase el objeto para el que la comisión había sido convocada, ni llegó a someterse a votación por el ciudadano Vandervelde que presidía la sesión.

Recuerdo estos hechos, que ciertamente conoce Guesde, aunque no asistiese a esta sesión de la Comisión, para mostrarle que no puede invocar esta resolución que usted desaprobó con razón.

En otro lugar, Jaurès, que no pensaba que la participación en el gobierno estuviese limitada al caos de la defensa del territorio, relevó, más tarde y no sin ironía, el carácter ligeramente nacionalista de la interpretación que Kautsky daba a su resolución.

“Cuando escuché al ciudadano Kautsky [decía Jaurès en Ámsterdam] repetir que aceptaba la posibilidad de la participación de los socialistas en el gobierno central caso de peligro nacional, yo me preguntaba si el ministerialismo *devenía ortodoxo, a condición de complicarse con el nacionalismo y si era excusable para un proletario sacrificar la lucha de clases en aras de colaborar en la defensa de esta misma patria que era administrada y sobretodo explotada por la clase burguesa.* Me preguntaba si la libertad política, la libertad individual, la posibilidad de organizar al proletariado, no presentaban para el proletariado un interés tan esencial como la Patria. *Y siento que, bajo determinadas circunstancias, no podría seguir hasta el final al ministerialismo nacionalista de nuestro camarada.*”

Pero la Internacional, tampoco compartió el punto de vista de Kautsky por motivos diferentes a los de Jaurès. Cuando llegó ante el Congreso de Stuttgart (1907) y de Basilea, en 1912, la cuestión de nuestra actitud en caso de guerra, las resoluciones votadas por unanimidad y apoyadas vigorosamente por el mismo Jaurès nos impusieron no la abdicación de nuestra voluntad socialista, no la pasividad, sino, muy al contrario, una actividad socialista intensa.

“Si amenaza con estallar una guerra [dice la resolución de Stuttgart reproducida textualmente en el manifiesto de Basilea] es un deber de la clase obrera en los países concernidos, es un deber de sus representantes en los parlamentos... desarrollar todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que les parezcan los más apropiados y que varían, naturalmente, según la agudeza de la lucha de clases y del estado de la política general. Caso que *la guerra, sin embargo, estallase, es su deber intervenir para hacerla cesar prontamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra* para agitar a las capas populares más profundas y precipitar, así, el fin de la dominación capitalista².”

Es inútil decir que, al votar esta resolución, la Internacional no quiso imponerle al partido socialista de los países beligerantes ni la huelga general, ni la deserción, ni ninguno de los medios de sabotaje de la defensa nacional. Ni por asomo se soñó con que esta resolución nos aconsejaba hacer del “tolstoísmo” ante el enemigo que amenazase nuestro suelo. Lo que la resolución de Stuttgart-Copenhague-Basilea imponía, pero de una forma imperiosa, a los socialistas de los países en guerra, es no *alinearse lo que les quede de libertad de pensamiento y acción, sirviendo con su deber como soldados*. La resolución les imponía a los socialistas no olvidar que a parte del enemigo del *exterior* está el del *interior*, del que hay que lograr que cese la dominación. En el mismo Almanaque del Partido Obrero Francés (del que, querido amigo, usted sería más tarde uno de los militantes) Engels escribía en 1891 (tras las fiestas de Kronstadt) que en el mismo interés de la Revolución los socialdemócratas alemanes estaban obligados a defender, en caso de guerra, todo aquello que habían conquistado hasta el momento, sin *inclinarse ante el enemigo de fuera ni ante el del interior*.

Esta es la buena y sana tradición socialista. ¿Por qué no la ha seguido usted?

¿Por qué motivos, ustedes, los miembros del antiguo Partido Obrero Francés, *ustedes* los “guesdistas”, los defensores escuchados y admirados por todos los congresos socialistas, internacionales y nacionales, *de la lucha de clases irreductible*, han preconizado y hecho *abdicación de clase*?

¿Es porque el suelo de Francia es pisoteado por un agresor insolente y arrogante? Pero nuestras resoluciones ya han tenido en cuenta tal eventualidad. Han previsto que, incluso en ese caso, no podemos olvidar que nuestros enemigos son dos y que si es una gran desgracia para el proletariado caer bajo un yugo extranjero, la desgracia deviene una verdadera catástrofe si el proletariado retrocede de las posiciones que ha conquistado frente a la burguesía tras una lucha continuada de medio siglo.

Los orígenes de la guerra. Las responsabilidades

Sé que para justificar su actitud, usted y los socialistas franceses (como por otra parte los socialistas alemanes) han creado una literatura de exégesis sobre los orígenes de la guerra. Usted trabaja mucho para colocarse en el caso de *legítima defensa*.

“¡Quien ha querido la guerra ha sido Alemania y no Francia!”

Hildebrand, y con él sus otros colegas del Reichstag, asegura que “*en vísperas de la guerra, el gobierno hizo todo lo que pudo para impedir la explosión.*”

Antes de la guerra, los socialistas de cada país consideraban como su estricto deber buscar la responsabilidad, por pequeña que fuese, *de su propio gobierno*, de *sus propias* clases dominantes.

² Hemos tenido la rara suerte de publicar en la *Lupla* del 1 de mayo de este año una prueba de esta resolución, texto francés, corregida por la mano de Jaurès.

Ahora, durante la guerra, los papeles se han invertido: los socialistas de Francia buscan e insisten sobre la responsabilidad del gobierno alemán; los de Alemania buscan las responsabilidades en Rusia y entre los aliados de ese país.

No puedo dejar de replicar a lo que este procedimiento tiene de nuevo e inquietante.

No pienso ni un solo instante en reprocharle la tendencia a fijar las responsabilidades inmediatas de la guerra. Lejos de mí este pensamiento. Lo que no podemos admitir, lo que ningún socialista puede admitir, es el *uso* que quiere hacer usted de graves responsabilidades que recaen sobre Alemania. Lo que creemos contrario a la causa del proletariado francés y del socialismo internacional es ese deseo de *disminuir* o incluso ocultar la responsabilidad del gobierno francés poniendo de relieve e incluso exagerando la del gobierno alemán.

Es un punto de vista que no es socialista.

Pero, puesto que usted, querido amigo, plantea la cuestión *de las responsabilidades*, permítame, tras discusión de las intenciones que lo han planteado, examinarlas a fondo.

¿A qué se debía la paz en Europa? Al equilibrio de fuerzas de la triple y de la doble alianza... Se sabe desde hace mucho tiempo que la ruptura de este equilibrio hacía la guerra posible e incluso probable. De ahí es de donde proviene si no la simpatía al menos sí la tolerancia que determinados militantes, al corriente de la política exterior, manifestaban hacia el sistema de alianzas. Hablando en el entierro de Pressensé, del gran apego que éste le tenía a la paz, Jaurès recordaba la importancia que de Pressensé atribuía al sistema de las alianzas actuales. "Quien dice alianza, dice un comienzo de clasificación, un *comienzo de orden*."

Sin duda alguna recuerda usted las hipócritas protestas del *Temps* y de los otros órganos de la prensa revanchista francesa cuando, tras la muerte de Andrea Costa, se supo que a la pregunta planteada por éste a Jaurès, si era interés por la paz que Italia continuase en la Triple Alianza, Jaurès dio una respuesta afirmativa.

Sin embargo, era muy natural y lógico. Jaurès temía que la salida de Italia de la triple podría empujar a Alemania, por miedo a verse rodeada, a hacer la guerra preventiva.

Por el mismo motivo, buscaba alejar todo aquello que en la entente con Inglaterra podría haber provocado las susceptibilidades y temores de Alemania. La última vez que lo escuché hablar, en el mitin de Londres, en vísperas de Navidad de 1913, durante la reunión del Buró Socialista Internacional, protestaba contra los *jingoistas* ingleses que ponían como condición de la entente con Francia (al menos la prensa nacionalista francesa lo afirmaba) el voto de la ley del servicio de tres años y nuevos créditos para el ejército. Jaurès protestaba contra esta condición que podría llevar a la guerra. Era él también quien, en *l'Humanité*, aconsejaba a menudo al gobierno de la República no comprometerse en la vía de la política rusa en Oriente, pues Rusia no había renunciado a la conquista de los Estrechos. ¿No fue Guesde, antes que él, quien, en el Congreso de Ámsterdam, denunciaba la alianza francorusa diciendo, en su lenguaje imaginado, que estaba *embarazada de guerra*?

Pero esto es la historia conocida. Lo que es menos conocido entre ustedes y lo que nosotros, los socialistas de los Balcanes, conocemos perfectamente bien, es el concurso *activo, continuado* que su diplomacia le daba a la de Rusia en sus intrigas tenebrosas en los Balcanes para crear aquí el primer y el segundo bloque balcánico con las miras dirigidas contra Austria y Alemania.

Por otra parte, la responsabilidad directa e inmediata de Rusia en esta guerra y, en alguna medida, su misma preparación e incluso provocación, lo sospechó Jaurès,

como lo demuestra el ciudadano Pressemane en un artículo aparecido el mismo día del asesinato de Jaurès (y antes que su autor conociese la terrible noticia) en el *Petit Limousin*.

Y, en efecto, ¿Cuándo habría *podido* encontrar una ocasión más favorable para hacer la guerra y tener de su lado a Francia e Inglaterra y casi a toda a democracia europea?

Sospecho que la diplomacia inglesa no está menos a resguardo de cualquier reproche, como nos lo demuestra, por otra parte, la valerosa campaña llevada adelante por nuestros camaradas del Independent Labour Party. El antagonismo entre Alemania e Inglaterra es muy antiguo y conocido; la alarma contra los progresos escalofriantes de la industria alemana, en detrimento de la industria inglesa, la intención atribuida a Alemania de arrebatarle el imperio colonial a Inglaterra (son cosas muy a menudo agitadas en la prensa inglesa como para que la diplomacia inglesa, cuando se presente el momento favorable, es decir cuando Alemania, por su arrogancia y agresividad, alce contra ella en Europa, no busque sacar provecho). Inglaterra multiplica, delicadamente y en la oscuridad de las cancillerías, las probabilidades de guerra, incluso le dio un pequeño espaldarazo al militarismo, ya presto a lanzar a Europa al abismo.

Lo repito y, para los tiempos que corren demasiadas precauciones no son bastante, confío en que nadie vea en este corto análisis de la política de los estados de la Triple Entente el deseo de aligerar la inmensa parte de responsabilidad que recae sobre Alemania y Austria en la obra de exterminación que prosigue. Pero la responsabilidad no se limita solo a las *grandes* potencias. Pienso incluso que es una falso procedimiento y una mala táctica, que nos causan enorme daño a nosotros, socialistas de los países balcánicos, buscar en la prensa socialista extranjera la forma de presentar a los gobiernos de los pequeños estados, y en particular de los estados balcánicos, como corderos inocentes, ingenuos, bondadosos y patriotas, de los que abusan los ogros de la diplomacia europea. Sabemos muy bien lo que vale la casa de fieras *balcánica*; sabemos que no hay un solo gobierno en Europa que pueda decir: mi conciencia está tranquila. Todos han contribuido al incendio que ha abraza montes y océanos, unos poniendo los troncos y otros los sarmientos. Cuando no queremos exagerar las responsabilidades individuales, para no disminuir las que recaen sobre el régimen capitalista, (ustedes mismos dicen que es *generador de guerras*), no es, sobra decirlo, por diletantismo de sofista sino por obediencia a la más imperiosa necesidad socialista. Tenemos que cargar al capitalismo con todos sus pecados para que así podamos levantar contra él las tempestades de la revolución proletaria. Y cuando, en lugar de esta táctica de guerra de clases, se nos recomienda hacer exégesis de la guerra, se le quita a nuestro partido la más temible de sus armas de lucha.

El primer agresor y el sistema de alianzas

No creo de interés esencial discutir la cuestión: quién fue el primero en atacar, quién fue el agresor en la guerra actual.

A principios de la guerra, cuando el conflicto estaba localizado entre Serbia y Austria, y cuando las líneas de demarcación todavía eran distintas, en aquel momento se podía hablar de un agresor. Aunque conocemos la ligereza criminal con la que *Narodna Odbrana*, esa *carbonaria* de oficiales ambiciosos como son, desde hace numerosos años y, sobretudo desde la guerra balcánica, los verdaderos amos de Serbia y que mandan en la prensa, en los ministerios, en el parlamento y en la diplomacia (por no hablar del rey) provocaron a Austria, no es menos cierto que el asesinato de Sarajevo sólo ha sido un pretexto para esta última potencia y que el temor que decía experimentar frente a Serbia

no podía ser *real*; su ultimátum y su ataque fueron, pues, premeditados desde el día en que Austria vio cerrarse para ella el camino a Salónica.

Pero una vez estalló la guerra entre Austria y Serbia, la guerra general vino ella sola por el simple juego de las alianzas. ¿Puede admitir usted que si Alemania no hubiese atacado a Francia no hubiera ocurrido lo contrario? En un artículo de Renaudel, aparecido en *l'Humanité*, se daba a entender que el partido socialista francés, en sus esfuerzos nobles y desesperados del último momento, en vistas a impedir la catástrofe, le pidió al gobierno francés de no asumir sus obligaciones hacia Rusia sino respetarlas solamente tras haber agotado todos los esfuerzos tendentes a mantener la paz.

Sé que ahora el militarismo arrogante alemán pisotea el suelo de Francia, que brutaliza a fuerza de leyes y reglamenta a la nación que más ha hecho por la libertad de la humanidad. Y yo, tratado toda mi vida como conquistado al que los conquistadores rechazaron un día incluso el de derecho de ciudadanía (como lo menciona usted en su carta), estoy en condiciones de comprenderle más que nadie. Muy recientemente, ojeando la revista ilustrada alemana *Die Jugend*, fui a parar a un cuadro que representaba una iluminación en honor del Kaiser en... Lille. Rayos de luz flotante inundaban la plaza ante el Ayuntamiento, pavimentado con las águilas alemanas. Ante ese insolente desafío que el conquistador lanza para dolor de la población asesinada, uno se indigna con razón.

Y me sentí patriota francés. Pero también ustedes los franceses, que, habiendo sufrido ustedes mismos y habiendo hecho sufrir a otros, las injusticias de la guerra, ustedes inventaron el proverbio: *¡en la guerra como en la guerra!* Hoy en día los alemanes están en Lille: puede que mañana usted esté en Alemania y que su ejército pisotee el suelo alemán; sus leyes y sus reglamentos militares brutalizarán a la nación alemana y las torres de la cúpula de Colonia serán iluminadas en honor de Nicolás, George y Poincaré.

No, la cuestión: *quién ha atacado el primero* no tiene la importancia que usted quiere darle.

Me levanto por adelantado contra cualquier interpretación unilateral de mi pensamiento. Confieso que la responsabilidad no está repartida de una forma igual. El mismo hecho que Alemania es un país con organización todavía feudal y militar, y que la voluntad de las masas pacifistas no cuenta mucho para el gobierno de ese país, esto nos permite suponer, *a priori*, que el gobierno alemán puede proclamar la guerra mucho más fácilmente que el gobierno de una república o incluso que el de una monarquía parlamentaria. No protesto que el deber que le incumbía, e incumbe actualmente, a los socialistas de Alemania, es más grave que el que les incumbía a los socialistas de Francia. Puesto que Alemania es quien *formalmente* ha declarado la guerra, era deber de los socialistas alemanes dar ejemplo de una valiente oposición. Igualmente, hoy en día, en la actual fase de la guerra, cuando los ejércitos alemanes están por todos los territorios extranjeros, y cuando la integridad de Alemania no está amenazada en nada, el deber de los socialistas alemanes es superior al de los socialistas franceses en la campaña a llevar adelante para la conclusión de la paz.

Socialistas alemanes y socialistas franceses

Pero esto a título de reciprocidad, es decir con la condición que usted reconozca que el deber de los socialistas alemanes era doble: combatir al gobierno y defenderse al mismo tiempo de los gobiernos extranjeros, es decir no desconocer la existencia del enemigo exterior.

También es Engels quien escribía en el artículo ya citado que, caso de una guerra con Rusia y sus aliados, Alemania socialista tiene un deber hacia sí misma: defenderse. El triunfo de Rusia significaría la derrota de la Alemania socialista. “Si la república francesa [escribía Engels] se pone al servicio de Su Majestad el autócrata de todas las Rusias, los soldados alemanes se verán forzados a luchar contra ella también. Frente al imperio alemán, la República francesa puede representar la revolución burguesa. Pero frente a la república de Constant, Rouvier e incluso de Clemenceau, y sobretodo frente a la república que trabaja para el zar ruso, el socialismo alemán representa la revolución proletaria.”

Incontestablemente, el socialismo francés puede tener, con más razón aún, un lenguaje análogo. “Frente a la socialdemocracia alemana, la República de M. Poincaré puede representar la aliada de Rusia, pero el feudalismo alemán, frente al socialismo francés, representa la contrarrevolución.”

Mientras la burguesía detente el poder y pueda desatar ese aparato formidable que se llama la movilización y la guerra, posee la facultad de colocar al proletariado entre dos fuegos, entre dos peligros, entre dos trampas: unirse al enemigo interior contra el de fuera y abdicar así de su independencia de clase y enajenarse su libertad de acción, o rehusar ir a la guerra y devenir así el cómplice indirecto del enemigo exterior.

Los congresos nacionales e internacionales han planteado en sus deliberaciones el problema bajo sus dos aspectos y, al rechazar todos los medios que podían lanzar al proletariado a un extremo (al rechazar por ejemplo la huelga general, cuando no puede ser proclamada en todos los países beligerantes), han dejado en manos de la apreciación del partido socialista en cada país escoger la mejor táctica, para mantener al proletariado a la misma distancia de las dos trampas, de los dos peligros; una táctica que constituiría la dosificación más justa entre las dos necesidades la defensa del socialismo contra el enemigo exterior y su defensa contra el enemigo interior.

Le confieso que en los principios de la guerra, tanto en el voto de los créditos en Alemania como en el voto de los créditos en Francia, no vi una desviación radical de la antigua táctica socialista. Incluso algunos de nosotros creímos en la presencia de uno de esos resultados paradójicos del mecanismo parlamentario que ha llevado a los socialistas, más de una vez, a votos en apariencia contradictorios con sus principios. Pensábamos en un error pero no en una desviación.

Recuerdo las circunstancias que llevaron al partido socialista francés, bajo el gobierno de León Bourgeois, a votar contra la urgencia de la supresión de las leyes contra el bandidaje³ (urgencia pedida por los reaccionarios con la esperanza de derrocar a ese gobierno). Más tarde, bajo Waldeck-Rousseau, ciertos socialistas tuvieron que votar la orden del día Magniaudé que condenaban las ideas colectivistas.

En lo que concierne más particularmente a la actitud de los socialistas alemanes el día 4 de agosto, incluso antes que hubiésemos recibido los diarios, los ruidos que nos habían llegado decían que habían votado los créditos porque englobaban igualmente una suma de tres mil millones destinados a las familias movilizadas.

La verdadera significación de esos actos la comprendimos más tarde.

Cuando supimos que los socialistas alemanes, conociendo la violación de la neutralidad de Bélgica, no habían protestado por respeto al protocolo parlamentario y por la “Unión Nacional”; cuando conocimos artículos chovinistas del *Hamburger Echo* y otros diarios socialistas alemanes, y conocimos la intimidad que comenzaba a existir entre los socialistas y los partidos en el poder; cuando leímos el discurso de Hildebrand que buscaba la forma de hacer cargar al “juicio sano y práctico” aquello que usted carga

³ Leyes scélérates dictadas con la excusa del bandidaje para reprimir al movimiento obrero, en particular a los anarquistas franceses. NdT.

al “interés del socialismo”; cuando leímos sobretudo el inconcebible discurso de Heine que proclamó a Guillermo II infalible e invitó al proletariado alemán a confiarse al Syllabus de ese nuevo Pio IX; cuando conocimos cómo Scheidemann, ayudado por los partidos del orden, desautorizó a Lebedour por su valiente protesta con la bárbara medida del general Hindenburg; cuando, finalmente, conocimos que la democracia socialista alemana comenzaba a descontar al regeneración del mediante la *colaboración de clases*, nos dijimos: el 4 de agosto no ha sido un incidente sino el triunfo de una nueva táctica. Por otra parte, los revisionistas de *Sozialistische Monatshefte* lo declaraban ellos mismos con orgullo: el 4 de agosto es la fecha de una nueva orientación del socialismo alemán.

En lo que concierne a la actitud de los socialistas franceses, sólo se nos apareció a plena luz más tarde, cuando les vimos entrar en el gobierno y hacer su campaña para arrastrar a los socialistas de los países neutrales a la guerra, tachándolos de “germanófilos” si manifestaban su voluntad de seguir fieles a la verdadera táctica socialista; cuando conocimos los comentarios que hacían en las resoluciones de la Conferencia de Londres así como su silencio en la cámara en el momento en que Viviani desnaturalizaba su pensamiento; cuando conocimos, finalmente, la oposición que planteaban a cualquier tentativa de entendimiento y acercamiento con los socialistas alemanes y leímos el discurso de Sembat en Marsella, que se parece enormemente a los que pronunciaba Millerand en tiempos de la Exposición de 1900; cuando supimos, escuchamos y conocimos todo esto, nos dijimos: el “ministerialismo” resucita en Francia y, lo que es más grave, triunfa ahora con la ayuda de aquellos que en Ámsterdam eran sus más irreductibles adversarios.

El culpable es el oportunismo socialista

El quincuagésimo aniversario de la Internacional ha suministrado al mundo la prueba que el *internacionalismo* todavía no se ha convertido en un sentimiento real, que sólo era una palabra cuyo contenido todavía estaba a la espera. La conciencia socialista e internacional se ha mostrado, bajo ciertas relaciones, más débil incluso que la *conciencia católica*, pues mientras que los cardenales católicos de Alemania y Francia, de Inglaterra y Austria, han podido reunirse en Roma para elegir conjuntamente a un nuevo Papa nuestro Buró Socialista Internacional no se ha podido reunir ni una sola vez desde el comienzo de la guerra a pesar de todos los razonamientos y todas las instancias de los socialistas de países neutrales.

Esta desagregación de la Internacional, ese desastre moral de nuestro partido, no es el resultado de un error pasajero, de un simple incidente parlamentario. *Tiene como causa una profunda alteración de la conciencia socialista de Europa*, envenenada por el revisionismo y el oportunismo socialistas.

Rechazo la justificación banal de los partidos socialistas y de los países beligerantes pretextando que las necesidades de la defensa nacional priman sobre todas las otras. Hildebrand es de la opinión que si los socialistas alemanes no hubiesen votado los créditos se habría producido tal descorazonamiento en las filas de los soldados que Alemania habría sido vencida. ¡Que exageraciones más pueriles!

La verdadera táctica socialista no debería comprometerse con la defensa nacional.

Por otra parte, esto me lo ha confirmado un camarada alemán que respondió con una afirmación a mi pregunta sobre si el proletariado alemán habría cumplido con su deber como soldados si los socialistas hubiesen rechazado votar los créditos necesarios.

Estoy seguro que se puede hacer la misma consideración sobre Francia. En nuestra propaganda ya hemos preparado al proletariado para tal táctica: *estar contra la guerra*, pero también contra el sabotaje de la defensa nacional. El voto de los créditos, que rompía brutalmente la continuidad y unidad de acción del socialismo internacional y que creó en la conciencia del partido una fisura por la que se ha introducido poco a poco toda una mentalidad antisocialista, no era un acto de interés socialista o nacional. La mejor prueba de ello es que en Alemania, lo hemos sabido de una fuente segura, el mismo canciller admitía, algunos días antes de la convocatoria del Reichstag y en una conversación con Haase, que los socialistas no votarían los créditos y que su conducta lógica era abstenerse. ¿Por qué pues tanto celo nacionalista? ¿Cuáles son los motivos?

Deben existir, y muy serios; existen, seguramente, pero son de una naturaleza muy oportunista. Lo que crea esta desgraciada corriente guerra no es el miedo al enemigo exterior sino el miedo a perder electores, cuya mentalidad se ha visto moldeada por la prensa amarilla, el miedo (hablo de Alemania) a ver reprimidas a las organizaciones, las cajas confiscadas, suspendidos los diarios, paralizada la vida del movimiento sindical y del movimiento político. Toda la campaña del revisionismo alemán deseando la colaboración de clases, sirve para prepararle el terreno.

A ello es necesario añadir, sigo con Alemania, lo que se llama el caporalismo, sentimiento opuesto a una *verdadera democracia*. El partido socialdemócrata alemán, a pesar de un trabajo gigantesco de un medio siglo, no podía reemplazar lo que la historia hacía, por otra parte, con sus revoluciones. El pueblo alemán, en el fondo de su alma, continúa estando embebido todavía del culto a la fuerza.

El celo nacionalista del socialismo francés se explica por otras razones, y sobretodo por su organización relativamente débil, si se la considera en relación con su influencia política. Esta última se debe sobretodo a la forma republicana del gobierno, los socialistas franceses son más sensibles a todo aquello que amenaza a la República, a todo aquello que pueda disminuir la distancia que separa al partido del poder. Por otra parte, el socialismo en Francia es, por tradición, nacionalista. La convicción de otros tiempos, y que se correspondía con un estado de cosas real, que fuera de Francia no hay socialismo y que el triunfo del socialismo francés significa su triunfo en Europa entera, sobrevive todavía y hace que los socialistas franceses traten con un egoísmo característico a los partidos socialistas de los otros países.

Los socialistas franceses comprenden admirablemente bien que si los otros países están en guerra o amenazados de invasión, nada les obligaría a pedir la intervención armada de Francia. Sería una absurdidad. Si Francia está en guerra las cosas cambian: nos piden y exigen incluso que nos hagamos apóstoles de la guerra y que enviemos a la carnicería al proletariado de nuestros países.

PELIGROSAS ILUSIONES

La actual guerra nos traerá nuevas guerras

Es cierto que ustedes, socialistas franceses, consideran la guerra actual de Francia y sus aliados como una guerra de una naturaleza excepcional que se distingue de las guerras ordinarias, no solamente por la extensión de su teatro, por el perfeccionamiento de los ingenios, por la inmensidad de las masas en acción, por la absoluta falta de cualquier escrúpulo en las relaciones de estado a estado, sino además por su mismo objetivo. El triunfo de Francia y sus aliados está presentado como un enorme salto hacia el progreso y la civilización.

Dicen ustedes:

“En cuanto a las nacionalidades oprimidas, las liberaremos; en cuanto al militarismo, lo derrocaremos; en cuanto al imperialismo y *al derecho que se pueda obtener de la pretendida superioridad de su cultura para dominar a otros pueblos, es una idea que tacharemos del pensamiento europeo.*”

Pidiendo prestado a Hervé su “termocauterío”, usted pisotea todas las llagas de Europa creyendo curarlas. Atraviesa usted el Mediterráneo proclamando la libertad de razas llamadas inferiores.

Pero si la guerra puede aportar a la humanidad todos sus beneficios que nosotros, los antiguos “guesdistas” creíamos irrealizables *mientras los productores no sean los amos de los medios de producción*, ¿por qué fuimos y somos aún adversarios de la guerra?

Si la guerra, hecha por los capitalistas contra capitalistas, puede llevar a la libertad de la humanidad entera no es “¡Abajo la guerra!” sino: “¡Viva la guerra!” lo que es preciso gritar. En lugar de combatir a la guerra será necesario, por el contrario, proclamarnos sus más celosos campeones.

¿Cómo haced usted para rehabilitar a la guerra? ¿Cuáles son sus razones para hacer apología de ella?

Comprendería su optimismo si ustedes, socialistas franceses, pudieran ser dueños de la futura conferencia de paz.

Pero los socialistas sólo tienen dos representantes en el actual gobierno. ¿Está usted seguro que en caso que vuestro programa fuese abrazado por el gobierno francés igualmente también lo admitiría el de Alemania? Y de Rusia ¿qué piensa usted? ¿Va a suscribir su programa de liberación de los pueblos, de supresión del militarismo, de derrocamiento del imperialismo y extirpación de la conciencia europea de la pretendida superioridad de las razas?

En cualquier caso, lo que vemos nos hace muy escépticos.

Asistimos a una sumisión de voluntades, pero se ejerce en un sentido contrario a sus deseos.

Quien cede y se retracta ante la minoría socialista no es la mayoría burguesa del gobierno sino muy al contrario; quien impone su ideal democrático a Inglaterra no es Francia sino que es Inglaterra la que obtiene la ayuda de Francia para mantener su dominación sobre centenares de millones de habitantes que pertenecen a razas inferiores. Por fin, no es Rusia quien se somete a la voluntad de sus aliados occidentales sino que son ellos quienes abdicar ante el zarismo.

La prueba no hay que buscarla muy lejos. La diplomacia francoinglesa ha capitulado ante Rusia en la cuestión de Constantinopla y los Estrechos. El mismo Hervé ha capitulado y sólo quedan ya una parte de los socialistas como defensores de la neutralidad de los Estrechos. *L'Humanité*, que publicaba en los números de los días 19 y 20 de marzo los dos artículos sucesivos de Moutet y de Renaudel protestando contra

el aplastamiento ante Rusia, nos suministra la prueba directa de la capitulación que denuncio.

El principio de las nacionalidades ha soportado otro fracaso en la cuestión del Adriático, cuya costa de Istria y de Dalmacia poblada por serbios y croatas, ha sido cedida a Italia, según parece, por la Triple Entente. Un millón de eslavos, puede incluso que un millón doscientos mil, que todavía hoy en día gozan en Austria de una amplia autonomía, tendrá que habérselas con el intolerante nacionalismo de los italianos que se vanaglorian de ser los mejores asimiladores en Europa.

- En veinticinco años no quedarán eslavos, me decía un profesor de la universidad de Roma, colaborador del *Corriere della Sera*, cuando le explicaba los peligros que representaba la *irredenta* serbia en el caso de una anexión de Istria y Dalmacia.

- Los eslavos son pacíficos agricultores a los que rápidamente haremos italianos con la ayuda de nuestras escuelas; en cuanto a Serbia, pronto será absorbida por la digestión [sic] de los nuevos territorios anexados como para que pueda soñar con crearnos dificultades.

Un lenguaje análogo tenía en Bucarest, en 1913 durante la firma del tratado de paz, el ministro de Serbia, M. Pachitch.

- No tememos a los *búlgaros* en Macedonia. Son agricultores y pastores que no piden gran cosa: que se les deje en paz con sus trabajos. Expulsando a los curas y maestros de escuela búlgaros y reemplazándolos por serbios, en diez años haremos que no quede ni un búlgaro en Macedonia.

El mismo lenguaje y la misma política siguen búlgaros, rumanos y griegos en relación con los elementos de las otras razas que han tenido la desgracia de caer en los territorios que les fueron concedidos.

“El principio de las nacionalidades” no puede figurar en un programa socialista. Su aplicación es imposible en el marco del *estado nacional de hoy en día*. En Oriente, sobretudo, donde los elementos están excesivamente mezclados, donde incluso ni las fronteras étnicas existen, el principio de las nacionalidades sólo sirve para ocultar una política de conquista territorial.

También nos cuesta creer que, incluso vencedores, serían ustedes dueños para decidir las condiciones de la futura paz y aportarnos algo diferente a *futuras guerras*.

Inútil decir que no compartimos y nunca hemos compartido esta otra ilusión, confesada por determinados socialistas alemanes, sobre que el triunfo de Alemania significaría la derrota del zarismo ruso y el triunfo de la democracia. Siempre nos hemos negado a admitir que la guerra que Alemania lleva contra Rusia sea en cualquier grado una guerra de liberación. Y cuando un lector alemán nos envió para su publicación la carta que el diputado progresista Haase había dirigido a Marcel Sembat y en la que le reprochaba a Francia su colaboración con Rusia, no quisimos publicarla en nuestro diario al considerar como pretextos hipócritas por parte del imperialismo alemán el peligro de la reacción rusa. En esa ocasión, motivando nuestro rechazo a la publicación, emitimos la hipótesis, que ciertamente no está excluida, que los acontecimientos podrían acabar reduciendo a una reconciliación rusoalemana y a la resurrección de la famosa Santa Alianza. Alemania tiene todo el interés en manipular a Rusia para servirse de ella más tarde contra Inglaterra. Pero tenemos derecho a sorprendernos mucho cuando ustedes, socialistas franceses, caen en el extremo opuesto al de los revisionistas y progresistas alemanes queriendo presentar como “liberadora y democrática” la más capitalista e imperialista de las guerras y proclamándose los apóstoles de las alianzas cuyos únicos móviles son la avidez de territorios y riquezas y

cuyos procedimientos de realización son el mercadeo con la independencia de pequeñas naciones y de las “razas inferiores”, la perfidia, la trampa y la violencia.

No tengo dudas que el día en que el partido socialista francés se vea forzado, por los inevitables conflictos entre el trabajo y el capital, a volver a la sana doctrina de la lucha de clases, él mismo confesará haber sido víctima de la más funesta de las ilusiones, haber sido engañado por la burguesía que ha logrado en Francia, tanto como también en Alemania, *movilizar* (como muy bien lo ha dicho Liebknecht) para sus fines imperialistas los sentimientos democráticos del proletariado. Pero en este momento usted no puede valerse del ideal socialista.

Esto también se deduce de la solución que usted ha creído dar a la cuestión de Alsacia Lorena.

La cuestión de Alsacia Lorena

Proclama usted como objetivo a lograr la reanexión a Francia de sus dos antiguas provincias. Pero eso sería un acto de violencia como lo fue en 1871, pero en dirección opuesta. Los franceses sufrían entonces la violencia de los alemanes vencedores; ahora serán los centenares de miles de alemanes, inmigrados en Alsacia, quienes sufrirán por este hecho la violencia de los vencedores franceses.

Para los socialistas no hay otra solución justa y, al mismo tiempo, práctica: autonomía completa de las dos provincias que constituirían en el futuro un estado tampón entre Alemania y Francia.

Sé que ustedes, los socialistas franceses, proponen una consulta previa a la población mediante un referéndum.

Ahora bien, existen cuestiones cuya solución viene impuesta por una serie de circunstancias que no deben ser sometidas a las sorpresas de un plebiscito cuya sinceridad sería cuestionada en cualquier caso.

En una cuestión parecida no es solamente la opinión de la mayoría, más o menos accidental, lo que se deben tener en cuenta sino también la de la minoría y se debe tener en cuenta, igualmente, la repercusión que una u otra de esas soluciones tendría en Alemania o en Francia. No se trata de satisfacer momentáneamente tal o tal otro deseo sino de prevenir futuros conflictos.

Por ello considero la solución, que usted atribuye equivocadamente a Liebknecht y Bebel, como una solución nacionalista y funesta para la futura paz de Europa y para las futuras relaciones del socialismo alemán y francés.

El *plebiscito* del que hablan los socialistas franceses será, por otra parte, una superflua formalidad si, tras el aviso de Hervé, se debe excluir a los alemanes inmigrados después de 1871 y cuya cifra, según algunos camaradas franceses, subiría hoy en día a 400.000 hombres, e incluir, por el contrario, a todos los emigrados que abandonaron las dos provincias francesas tanto en 1871 como posteriormente.

Por otra parte, no creo que sean ustedes más tolerantes hacia los alsacianoloreneses que los alemanes lo fueron con los de origen francés. Francia, como Alemania y como Italia, es un estado nacional, homogéneo, y no puede, por ello, tolerar elementos de otra nacionalidad. Nunca olvidaré que bajo el gobierno Combes se denunció como un verdadero crimen contra la Unidad Nacional francesa el hecho que en Bretaña el catecismo se leyese en lengua bretona. Combes se dio prisa incluso en prohibirlo de forma expresa. Este hecho, extraordinario si se le considera desde el punto de vista de la libertad individual, aparece como natural si se tiene en cuenta el carácter profundamente unitario y centralista del estado francés.

Puedo decir, sin temor a exagerar, que tras la guerra, si triunfa el plan de la “liberación de las nacionalidades”, tal que la triple (ahora cuádruple) entente lo concibe, habrá en Europa una más fuerte opresión nacional, como la hay en los Balcanes tras las dos guerras balcánicas. No hay que ser, por ejemplo, gran profeta para predecir que los serbios y los croatas que pasen bajo el yugo de Italia no tendrán, ni incluso en parte, la autonomía de que gozan en la hora actual bajo la dominación austriaca.

Simpatías y antipatías socialistas

Sin embargo, usted puede objetar: admitamos que el triunfo de la Triple Entente no le aporte a la humanidad todo aquello que esperamos, ¿no está usted de acuerdo que es más provechoso para el progreso de Europa que el triunfo de las potencias centrales?

Antes de responder a esta pregunta debo hacer alguna reserva. Manifestar simpatías hacia tal o tal otro de los agrupamientos en guerra no implica necesariamente una obligación de participar en la guerra a su lado. Durante las guerras balcánicas, los socialistas franceses estaban divididos en sus simpatías. En los artículos sobre la política exterior de *l'Humanité* se podían señalar tres corrientes diversas: De Pressensé era bulgarófilo, Jaurès turcófilo, Veillard grecófilo y serbófilo. Por otra parte, Guesde prefería el triunfo del bloque balcánico sobre Turquía y profetizaba (probablemente todavía lo recuerde) que podría ser que se viese también la desagregación de Austria-Hungría.

¿Estas simpatías diferentes e incluso contradictorias implicaban para sus autores la obligación de pedir a Francia que entrase en guerra al lado de tal o tal otro beligerante?

Nosotros, los socialistas de los Balcanes, no quebramos durante las guerras en las que se comprometieron nuestros países, acatando nuestro deber socialista no cesamos ni un solo instante de condenar a nuestros gobiernos, pero ¿si hubiésemos caído en el celo nacionalista de nuestros camaradas de Occidente y nos hubiésemos dirigido a ellos para pedir que renunciasen a su táctica y que arrastrasen a sus países a la guerra, no nos hubiesen tratado como desviados del socialismo? Sin embargo, los pequeños países se exponen mucho más al participar en una guerra.

Francia vencida no dejará por ello de existir. Lo mismo sucede con Italia. Ésta ha tenido, incluso, la rara suerte de salir tras sus derrotas militares con su territorio aumentado. La situación es completamente diferente para los pequeños estados balcánicos. Caso de derrota arriesgan sus propios territorios, como fue el caso de Rumania, que contribuyó a la victoria rusa de Plevna y se vio despojada de la Besarabia al final de la guerra.

Habríamos podido pedir, pues, su intervención en nuestro favor con más razón que ustedes han pedido la nuestra. Supongo que no me objetará que nuestros pueblos son pequeños y que deben sacrificarse por los grandes. Esto sería introducir por la puerta del socialismo la teoría imperialista de las razas superiores y de las razas inferiores, que usted quiere, y precisamente con razón, expulsar de la conciencia europea.

Habríamos podido invocar igualmente el interés del progreso general pues es raro que dos estados en lucha se encuentren en situación idéntica y que el triunfo de uno no sea más provechoso para el progreso de Europa que el triunfo del otro.

Dicho esto, puedo afirmar (estando completamente seguro que mi punto de vista es compartido por la totalidad de los socialistas de Rumania, Bulgaria y, creo incluso, por la totalidad de los socialistas de los países neutrales) que, si la guerra estuviese

limitada a Francia, Bélgica e Inglaterra, por una parte, y, por la otra, a Alemania y Austria, las simpatías recaerían en el primero de esos agrupamientos sin la menor duda.

Pero la guerra tiene también otro escenario, el de Oriente, donde las potencias centrales luchan contra Rusia.

El odio al zarismo

Ahora bien, el odio al zarismo ruso es una tradición en la Internacional. Nosotros, particularmente los socialistas de los Balcanes, hemos sido educados en ese odio. Nuestros maestros socialistas jamás dejaron de decirnos:

Entre vosotros, en Oriente, existe una ruda y difícil tarea a cumplir. En Rusia, en interés de la Internacional, debéis luchar contra la política de conquista de Rusia. “Tenéis un grave escollo a evitar a todo precio: haciendo socialismo tened cuidado de no hacerle el juego a Rusia” (me escribía en 1896 el viejo Liebknecht, aquel que, por su apego a Francia, era apelado “el francés”). Los camaradas rusos nos decían la misma cosa. Dirigiéndose en 1894 a los socialistas de los Balcanes, Plejanov les decía: “Frente a la Rusia zarista, el socialismo internacional tiene un solo y único deber: mantenerla en el más completo *aislamiento*.” Cuando en el Congreso de Marsella Guesde proclamaba que Rusia era la espina dorsal de la reacción en Europa, ¿no nos invitaba a la lucha sin cuartel contra el zarismo ruso?

Sin embargo, y pedimos que se nos haga justicia, si ha habido socialdemócratas que han insistido en que la Internacional no se desvíe en esta única pista y olvide que la amenaza a la paz de Europa Oriental reside en Austria también, esos son los socialistas de los Balcanes. Los camaradas que estuvieron en el Conferencia del Buró Socialista Internacional de Bruselas, en octubre de 1912, saben cómo nosotros insistimos en vistas de presentar el peligro para la universalización de la guerra, entonces localizada entre Turquía y el bloque balcánico, proviniendo del lado de Austria. Nuestros argumentos produjeron probablemente cierta impresión, pues al año siguiente, en el mes de diciembre y en Londres, el ciudadano Vaillant me declaraba haberse acordado más de una vez de nuestras advertencias, que los acontecimientos acababan de confirmar y que confirman actualmente aún más. No es preciso que en el presente nos desviemos de nuevo, esta vez, en la pista austriaca y alemana y que perdamos de vista las conquistas que Rusia prepara en el sur, con la ayuda de sus aliados. Los rusos en Constantinopla, significa seguramente la destrucción de la independencia de los estados balcánicos. Su territorio se reduciría entonces al hinterland necesario para la defensa de Constantinopla y los Estrechos.

Mientras la seguridad de la actual capital de los turcos se vea amenaza en el Norte por Rusia, los Balcanes y el Danubio serán sus líneas de defensa natural. Pero si Constantinopla deviene rusa, no estará más amenazada por el noreste sino por el noroeste, del lado de Alemania. En ese caso, la línea natural de defensa no está ya formada por los Balcanes y el Danubio sino por los Cárpatos; una ley estratégica impone que toda extensión de Rusia hacia el sur se vea acompañada de una extensión correspondiente hacia el oeste.

¿Podemos en este caso tener simpatías hacia Rusia? ¿Podemos desearle éxitos?

Por otra parte, usted mismo reconoce el peligro ruso. Solamente usted mantiene la esperanza de frenarlo con la ayuda de Inglaterra y de las futuras repúblicas que ocuparán el lugar de Alemania y de Austria vencidas. Pero, ¿no cree usted que el zarismo ruso que ha probado, precisamente, no desconocer sus verdaderos intereses, desbaratará sus combinaciones? ¿No piensa usted que, al primer peligro que amenace su

poder, Nicolás II se apresurará a concluir la paz con sus buenos y antiguos amigos Guillermo II y François-Joseph?

Lo que nosotros queremos es que no triunfe nadie; lo que deseamos es que Alemania sea expulsada del norte de Francia y Bélgica y que el oso del norte se vea forzado a volver a su guarida.

Pero esas simpatías y antipatías no comprometen en absoluto nuestra acción determinada únicamente por los intereses de la clase obrera, distintos de los de la burguesía. Si admitimos la teoría del menor mal, si nos declaramos prestos a entrar en guerra en cada conflicto, por aquello de los adversarios en lucha cuyo triunfo nos parece el menos malo, nuestro partido devendrá el anexo de los partidos burgueses. Sabe usted muy bien que para determinar nuestra actitud frente a la burguesía en lucha o en guerra, *lo que nos tiene que preocupar no son las diferencias que las separan sino aquellas, mucho más grandes, que nos separan de ellas*

Nuestro “germanofilismo” y la hipocresía de los “francófilos”

Pero parece que nuestra lucha por la neutralidad estricta y leal se presenta como una prueba de germanofilismo, y ello porque nuestra neutralidad aprovecharía a Alemania.

Esto no es serio.

¿Qué habría dicho usted si alguien les señalase a ustedes, socialistas franceses, que deberían cesar sus protestas contra la expedición a Marruecos porque su neutralidad beneficiaría indirectamente al Sultán?

A principios de la guerra, nuestra lucha por el mantenimiento de la neutralidad les aprovechó igualmente a ustedes pues en aquel momento la entrada de Rumania en acción sólo se hubiera producido en provecho de Alemania (a la cual nos liga un tratado de alianza).

Ahora una gran parte de nuestros reaccionarios son francófilos, pero porque esperan obtener de Francia una más gran parte de la futura presa. Si la balanza de la victoria cae de nuevo y sensiblemente de lado de los alemanes, sus aliados en Rumania cambiarán de sentimientos en menos de veinticuatro horas. Y entonces nosotros, los socialistas rumanos, nosotros que hemos declarado desde el principio que no podemos estar a favor ni del imperialismo alemán, brutal y arrogante, ni del zarismo ruso, nosotros que consideramos nuestro honor estar siempre con el socialismo y con los vencidos, entonces seremos los únicos defensores de la Francia republicana, como al principio de la guerra, cuando nuestros “francófilos” le encontraban a la República todos los defectos y acusaban a los socialistas franceses, y a Jaurès en particular, de haber preparado el desastre de su país.

Para su edificación personal le traduciré un artículo titulado *Los reaccionarios atacan a la democracia francesa* y aparecido en nuestro diario del 7/20 de septiembre, artículo en el que defendíamos a la República Francesa contra sus detractores rumanos.

Hablábamos de la Francia democrática que desde hacía algunos días había devenido el objeto de ataques de la prensa conservadora, liberal o independiente.

En el corazón de los detractores no podía estar ausente la gritona voz de los “socialistas sin bozal”. Todos ellos acusaban a la democracia francesa, y entre otros el ministro Combes, a los socialistas y a Jaurès en primer lugar, de haber preparado la derrota de Francia.

Antes incluso de los resultados decisivos de la guerra, *Epoca* proclamó la derrota de Francia y ello por culpa de los socialistas que votaban contra los presupuestos de guerra haciendo propaganda antimilitarista.

Sin embargo, es un hecho conocido que Francia conoció sus más grandes derrotas bajo el régimen de la monarquía y del Imperio. Bajo Napoleón III, Francia se vio en Sedan mientras que, actualmente, tras un mes y medio de guerra, sus ejércitos parecen todavía enteros, intactos e, incluso, capaces de retomar la ofensiva.

La verdad es completamente diferente de las afirmaciones de la prensa reaccionaria.

Los socialistas han combatido y van a combatir en el futuro, no a las instituciones militares en sí mismas, que subsistirán mientras el capitalismo exista, sino que han combatido su forma *actual*, que lejos de garantizar la seguridad de los países los expone a las invasiones extranjeras.

Los ejércitos permanentes son un peligro para la existencia de los pequeños estados.

Hoy en día puede verse, por otra parte, cómo de precavido se muestra Jaurès cuando acusa al estado mayor general francés por haber comprometido la defensa de Francia con una ausencia de concepción democrática de la cuestión militar.

Más lejos, el autor desarrolla las ideas de Jaurès sobre el *Ejército nuevo*.

Ese comienzo de artículo ya le muestra que nosotros los “germanófilos” tomamos la defensa de Francia mientras que los “francófilos” de hoy en día buscaban, con una maniobra contra la democracia francesa y extendiendo el rumor que Francia estaba irremediabilmente perdida, facilitar la entrada en acción de Rumania al lado de Alemania.

El partido intervencionista en Rumania

En el artículo citado más arriba, usted habrá podido constatar también cómo las clases dominantes de Rumania buscaban extraer enseñanzas de la guerra, argumentos para devolverles vida a las corrientes que las luchas del proletariado habían echado atrás.

Los progresos hechos en esta dirección por la burguesía rumana desde el comienzo de la guerra son muy remarcables. A consecuencia de la confusión que la guerra ha provocado, y gracias a una campaña de prensa sin escrúpulos y sin la menor buena fe sino metódica y sabiamente llevada, todo lo más retrogrado y más corrupto que teníamos volvió a la superficie, fue rehabilitado y engrandecido ante las miradas hasta jugar un papel decisivo en la vida de este país. Los maestros cantores de la prensa amarilla, los organizadores de los pogromos del antisemitismo rumano, los fusileros de campesinos, los esquirols rompe huelgas, todos ellos comulgan ahora en el mismo “ideal nacional”.

A la cabeza del partido guerrero de Rumania se encuentran dos personajes cuyos nombres simbolizan en nuestro país la corrupción y la reacción.

Uno es M. Take Ionesco (la esperanza de la Triple, ahora la Cuádruple Entente, el hombre que más ha trabajado para corromper las costumbres políticas de este país haciendo de la venalidad un principio político), su llegada al departamento de las finanzas siempre ha sido comparada a las crecidas del Nilo, el hombre con las ambiciones vulgares y de una desmesurada vanidad, el político sin fe, sin convicciones que considera a los programas políticos como otras tantas causas a lamentar. Ávido de poder ha buscado estar, en todas las ocasiones, del lado de los vencedores, cortejar a los hombres del día y dárseles de su amigo, su confidente y su inspirador. Sus partidarios están orgullosos de su intimidad con Poincaré, al que tutea, con Sir Grey, al que le da golpecitos de amigo entre consejos sobre la política que debe seguir Inglaterra. Hasta ayer mismo, M. Take Ionesco era el hombre que no cesaba de hacer caso a sus

amistades alemanas, que enumeraba en cada ocasión, con complacencia, el número de desayunos que había compartido con Kiderlen-Wachter, Aehrenthal y otros. Descontando la victoria de los aliados, M. Take Ionesco se ha convertido ahora en su hombre y pensando que será difícil una vuelta a sus antiguas simpatías, amenaza, caso de fracaso de Rusia, con expatriarse a América, perdiendo el pueblo rumano todo interés hacia ese “patriota” cuando no tenga ya esperanzas de volver al poder. Pero ese Tartarin, doblado de Bompard, que sueña ya en su retirada solemne, posee también el sentido práctico de los dos célebres meridionales. De todos los hombres políticos rumanos él es el que ha comprendido la importancia de la gran prensa y ha logrado, sirviéndose de un antiguo socialista, C. Mille, meter mano en dos diarios políticos de los más extendidos que, bajo la máscara de la independencia, no son otra cosa más que el reclamo y la política de Take Ionesco. Así ha podido compensar la debilidad de su partido, tanto en hombres como en ideas, gracias a la corrupción de la prensa.

El otro jefe del partido guerrero es M. N. Filipesco, boyardo de vieja ascendencia, con tradiciones de familia rusófilas, el hombre de las ideas más atrasadas, detractor de la democracia (*Epoca*, de la que ya he hablado más arriba) es su órgano personal, motor de los pogromos antisemitas, organizador de golpes de fuerza, amante de las maldiciones y del boxeo. Un verdadero bonapartista, un Morny que todavía no ha encontrado al Luis Bonaparte para *decembrizar* a Rumania. Las simpatías de M. Filipesco se decantan por Rusia y por... Alemania. Hacia la república francesa mantiene la aversión del terrateniente.

¡He aquí, mi querido amigo, a los hombres con los que usted quiere que se haga triunfar a la democracia, la probidad y el socialismo!

Pero el “francofilismo” también es explotado en Rumania por los renegados del socialismo (los que, expulsados por la puerta grande del socialismo internacional buscan volver a entrar por la escalera de servicio, buscan acercarse al partido socialista francés para explotarlo más para sus propios intereses de arribistas). Supongo que son ellos quienes han acudido a usted, en París, para hablarle del “germanofilismo” de los socialistas rumanos.

Este solo hecho sería suficiente para hacer ver el sensible retroceso que ha sufrido el socialismo en los países beligerantes durante los diez últimos meses. Si uno de estos tránsfugas hubiese acudido a mí antes de la guerra usted no hubiese prestado ninguna atención a sus sandeces.

Ni se habría atrevido a abordar semejante asunto.

Guerra y reacción

Entre nosotros la campaña a favor de la guerra ha tenido además otros resultados. No hablaré de las desastrosas consecuencias de la equívoca política de nuestro gobierno hacia los obreros y campesino, sólo señalaré las medidas del gobierno. La guerra facilitó el voto de numerosas leyes dirigidas contra la clase obrera. Como ejemplo: la ley sobre el control de los extranjeros, que hizo del espionaje una institución de estado y de la denuncia un deber ciudadano; la ley sobre la asistencia de los movilizados que, tras haber fijado un socorro ridículo de 20 francos por mes a los obreros de la ciudad y de 15 francos para los del campo, le impuso a la clase obrera tasas que no tienen igual incluso en los países beligerante, y ello para recoger los fondos necesarios. Las cartas postales están tasadas por un sello suplementario de cinco céntimos; las cuentas de los restaurantes que sobrepasen un franco pagan un impuesto diez céntimos y para aquellas por encima de los dos francos (la progresión se para aquí) veinte céntimos.

Pero es todavía peor.

Sabe usted que aquí en Rumania tenemos el régimen electoral más atrasado y que, por otra parte, nuestros campesinos viven en las condiciones agrarias existentes en Francia en vísperas de la Revolución. Tras la última revuelta campesina nuestros gobernantes vieron imposible el mantenimiento de ese estado de cosas y debieron pensar en otorgar un nuevo régimen electoral y dar tierra a los campesinos. Los acontecimientos de la guerra les parecieron a los terratenientes rumanos un medio propicio para detenerse en la vía de las reformas. M. N. Filipesco declaró, con su brutalidad habitual, en la reunión del Comité Ejecutivo del Partido Conservador: “¡El partido conservador debe colocarse a la cabeza del movimiento por la unidad nacional, para poder combatir así con más autoridad contra la reforma electoral y la reforma agraria!” ¡El pueblo rumano debe, pues, hacer la guerra pues es el medio más seguro para enterrar las reformas!

¿Y quiere usted que nosotros estemos a favor de la guerra? Comprendo que bajo determinadas circunstancias uno se vea forzado (como es el caso entre ustedes) a sufrir el vecinaje y la colaboración de los Durmont, Barrès, Meyer, Maurras, pero ¿la aberración de ir a buscar y provocar esa colaboración?

Dos socialismos

No, no estamos de acuerdo con ustedes y no pueden convencernos para hacer de buen gusto aquí lo que ustedes se han visto forzados a sufrir ahí.

Somos y seguiremos siendo partidarios de la buena y vieja táctica de la lucha de clases y repudiamos con todas nuestras fuerzas la de la colaboración de clases.

Me adelanto a su observación: dirá usted que tampoco renuncia a la lucha de clases y que lo que le fuerza a hacer esta desviación pasajera es el interés socialista.

Pero, ¿no se da cuenta usted, mi querido amigo, del golpe que descarga contra el pasado glorioso de ese socialismo francés del que usted forma parte?

¿No dicen los *posibilistas* que están a favor de la socialización de los medios de trabajo pero que la realización de ese objetivo solo se podrá lograr progresivamente?

¿No jura el ministerialismo francés que seguirá siendo fiel al principio de la lucha de clases? ¿VER con que derecho ha combatido usted a uno y a otro?

Es porque usted se da cuenta que no se pueden hacer determinadas concesiones sin comprometer el futuro mismo del socialismo.

No, no es exacto decir que ahora todavía profesamos el mismo principio de la lucha de clases, pero que diferimos únicamente en su aplicación, al no ser idénticas las condiciones en todos los países.

El Partido Obrero Independiente siguen en Inglaterra una táctica completamente diferente de la del Partido Socialista inglés, aunque los dos partidos trabajan bajo la fuerza de los mismos acontecimientos y en el mismo medio.

La prueba es que los partidos socialistas de los dos países beligerantes, aliados, siguen dos tácticas diferentes. Así, los diputados socialistas serbios y los diputados socialistas rusos han rehusado votar los créditos de guerra y en Francia ha sucedido lo contrario.

Entre su táctica y la nuestra hay más diferencia que entre la vuestra y la de los socialistas alemanes. No estamos, pues, ante dos tácticas sino en presencia de *dos socialismos*.

Esta es la verdad.

Nosotros, los socialistas rumanos, queremos seguir con el socialismo revolucionario, que ayer fue la fuente de su fuerza y queremos continuar en el futuro la lucha contra la guerra y el oportunismo.

Con mis saludos amistoso

K. Rakovsky

Delegado de Rumania en el Buró Socialista Internacional



Para contactar con Alejandría Proletaria: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página: <http://grupgerminal.org/?q=node/517>

Series de Alejandría Proletaria:

- [Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie \(1958-1962\) y números de Segunda y Tercera Serie \(1962-1986\)](#)
- [Broué, Pierre. Bibliografía en red](#)
- [Ediciones Espartaco Internacional](#)
- [El Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti](#)
- [G. Munis Obras Completas y otros textos](#)
- [Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.](#)
- [Just, Stéphane. Bibliografía en red \(en francés\)](#)
- [Just, Stéphane. Escritos](#)
- [Khristian Rakovsky \(Rako\)](#)
- [Marcel Bleibtreu](#)
- [Parvus \(Alejandro Helphand\)](#)
- [Raquel Varela et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75](#)
- [Textos de apoyo](#)
- [Textos de J. Van Heijenoort](#)
- [Textos de Jaime Balius \(Los Amigos de Durruti\)](#)